

UN AÑO MÁS, DON ANTONIO

EN un 2 de febrero murió don Antonio. Y escribiendo en León, apenas haría falta consignar que evocamos a don Antonio de Lama. Quizá la última fotografía que se le haya hecho sea esta que me acompaña en mi escritorio, estando él de piel, con el gobernador al fondo, diciendo unas palabras –ya sacramentales– en la cena del San Francisco de Sales de los periodistas. Ahora miramos aquel retrato y nos parece que de alguna manera misteriosa y táctica, en su mirada brilla el conocimiento aceptado de su final inminente.

Digo, que no habría que explicar demasiado de quien hablamos. Pero tampoco quisiera ignorar el hecho de que una decena larga de años es un plazo de tiempo en que la ciudad se he llenado de caras nuevas. Los párvulos de entonces colman ahora los instintos cuando no las aulas universitarias; las niñas que en aquel tiempo jugaban al corro en sus barrios y parques son las que hoy «pasen», quizás, del paseo provinciano por Ordoño pero no del animado cotarro de sus tabernas y discotecas... Y gente ya hecha y derecha que ha venido a aumentar León, en las migraciones que imponen los destinos de trabajo y los avatares de la vida. Para todos estos, para los relativamente nuevos, conviene decir quién ha sido don Antonio. Y lo diré en cuatro palabras. Don Antonio era la poesía nuestra de cada día, y más concretamente de cada tarde. Poesía igual a consolación. Siempre nos estamos preguntando qué es la poesía. Vanidad de las definiciones que intentan enunciar lo inefable. Pero en toda definición hay un intento bien intencionado de cercar con aproximaciones el cogollo de las cosas. Gómez de la Serna decía que la poesía es un hiperespacio que Dios concede para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche. Pues eso era exactamente don Antonio para nosotros: y ocurría -por esto me viene tan a la pluma la sentencia ramoniana- exactamente a las ocho de la noche, de todas las noches del año, desde las más frías y desoladas hasta las que recogían el sol prolongado de los veranos por las orillas del Bernesga.

Nos encontrábamos en la biblioteca. Chicos y algunas chicas. Y gracias a don Antonio los años no eran tan largos como demandaba la humildad –incluso la penuria de los tiempos-. Y el extranjero, tan cerrado a piedra y lodo, no era una oscuridad tan espesa que no pudiera filtrarse a través de algunas rendijas literarias. Y de la biblioteca Azcárate, tan vecina de la catedral, marchábamos a escuchar un concierto, si cuadraba, o una conferencia, o sobre todo, a pasear incansablemente alrededor de quien nos acercaba la mejor de la cultura desde la antigüedad, hasta los poetas, de la ultimísima hornada.



De nuestra deuda, la de sus seguidores más habituales y próximos, no es cosa de hablar. Pero la ciudad misma, aun después de algunos nobles homenajes que le honran a ella tanto como al personaje, le sigue debiendo cosas. Por ejemplo, está sin hacer el libro-homenaje que recoja los escritos de nuestro filósofo, empresa de la que se habló y no sabemos por qué ha dejado de hablarse. Pero sobre todo, y mientras ese momento llega, acaso bastará con exigirnos severamente el deber de conservar para nosotros comunicándola a los demás, la imagen fiel e intacta de quien, llenó con su figura la vida cultural y literaria de León durante unas décadas sacrificadas. Empezando por su condición sacerdotal, nacida de una libre y personal vocación que nunca se vio -ni había por qué- manifestada ostentadamente. Siguiendo con su talante de pensador y crítico, en ninguna manera convencional ni mimético, asentado sobre una madurez plenamente conseguida y confirmada bastante antes de dejarnos. Y por supuesto, sin olvidar –cuando estamos escribiendo para un periódico- su quehacer de periodista penetrante y agudo, dominador en el buido oficio de hacer trascendental lo aparentemente anodino de cada día.

Así era don Antonio, digámoslo en modesta didáctica para quienes no llegaron a conocerle, pero también en evocación de aniversario para todos cuantos hemos contado con su familiar silueta como atributo arraigado del paisaje de la ciudad. Si todos los que le deben algo acudieran (acudiéramos) al funeral que por estas fechas suele hacersele, pequeña iba a resultar esa iglesia entrañable, y tan suya, de San Pedro de los Huertos.

Antonio PEREIRA